

El ‘viejo idiota’ que llegó a ser Premio Nobel



Juan Guillamón Álvarez
Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Resumen

De José Echegaray y Eizaguirre se conmemora el Centenario de su muerte, en 1916. Ciertamente poco considerado en relación con su extraordinaria trayectoria como ingeniero de Caminos, autor dramaturgo y político destacado en muy variados cargos, fue maltratado injustamente por la generalidad de los componentes de la llamada Generación del 98, pues les supo a rayos la concesión del Premio Nobel a quien ellos consideraban un mero aficionado. Del repaso de la trayectoria vital de Echegaray se descubre la realidad de un genio indiscutible, líder en todas cuantas facetas hubo desarrollado su actividad. Julio Rey Pastor llegó a sentenciar “la matemática española del siglo XIX comienza con Echegaray”.

Palabras clave

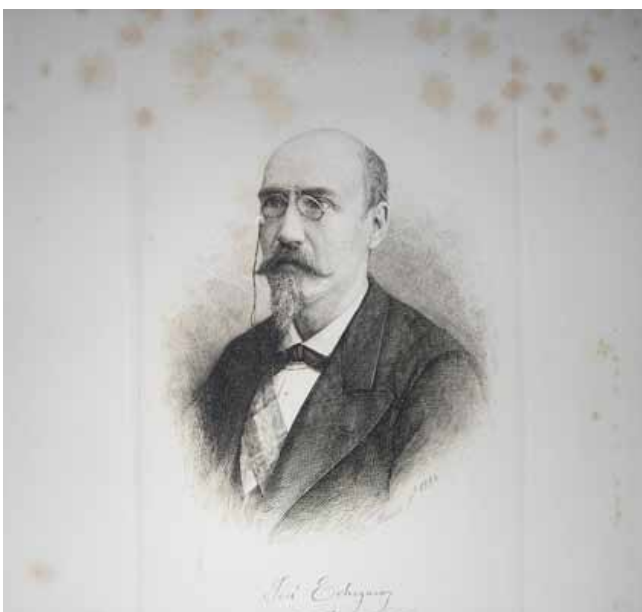
Echegaray, Premio Nobel, Generación del 98, Matemáticas, Ingeniero de Camino, Literatura

Abstract

This year, 1916, marks the centenary of the death of José Echegaray Eizaguirre. Echegaray carved an extraordinary career as a civil engineer, playwright and prominent politician who held various posts with distinction. In spite of his accomplishments he was unfairly treated by the vast majority of members of the so-named Generation of '98 who were appalled that the Nobel Prize had been awarded to someone they held as a mere amateur. A review of Echegaray's life reveals a man of unquestionable genius, distinguished in everything to which he turned his hand, to the extent that the Spanish mathematician, Julio Rey Pastor, considered that “19th century Spanish mathematics started with Echegaray”.

Keywords

Echegaray, Nobel Prize, Generation of '98, Mathematics, Civil engineer, Literature

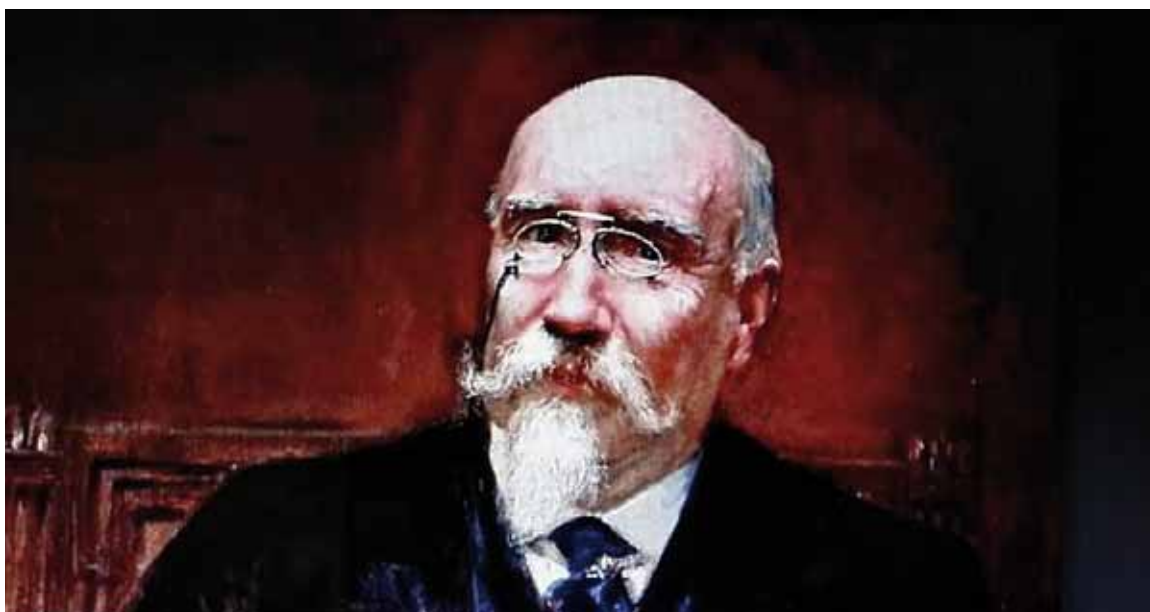


José Echegaray y Eizaguirre, aunque nació en 1832 en Madrid, pasó su infancia en la ciudad de Murcia donde su padre José Echegaray Lacosta, aragonés y médico de profesión, dictaba clases de Agricultura en el Instituto local, siendo a la sazón uno de sus fundadores y creador de lo que hoy se llama Jardín Botánico de la ciudad. Por esto, en Murcia se rinde agradecimiento a quien, desde Aragón, vino hasta esas resacas tierras para enseñar cómo hacer florecer la agricultura local. Eran otros tiempos y Echegaray, consciente de una inteligencia bien dotada, así como una gran inquietud por las Matemáticas, a los 14 años marcha a Madrid para cursar la carrera de Ingeniero de Caminos. Si sorprendente resulta observar la juventud con la que el joven Echegaray inicia los estudios de una carrera, ya en aquellos tiempos de gran prestigio y dificultad, aún resulta más extraordinario que a la edad de 20 culmine la carrera con el número uno de su promoción en 1852, siendo director de la Escuela Juan Subercase Krets quien, sin duda alguna, fue quien más contribuyó a elevar el nivel intelectual de los ingenieros de Caminos.

José Echegaray fue un dramaturgo aficionado, un político de rigor, pero, ante todo, un ingeniero de Caminos apasionado por las Matemáticas. Fue el XIX un siglo decepcionante para España en cuanto a su nula aportación científica, quizá debido a lo convulso y variable que en lo político España se hubo desarrollado, pero sí que, con seguridad, esta falta de esfuerzo para crecer en la Ciencia tuvo mucho que ver con el atraso acumulado en nuestro país en relación con Francia (y demás países europeos) en donde la Ilustración hizo de ella altar de la Ciencia, una vez descubiertas las claves de la Razón para explicar 'las razones' de la Edad Moderna. España, en el entretanto, no hacía otra cosa que estar conforme con mirarse el ombligo. "Mancha, y mancha vergonzosa, porque no vale que un pueblo tenga poetas, pintores, teólogos y guerreros, si no tiene filósofos ni geómetras, ni hombres que se dirijan a la razón, la eduquen, la fortifiquen y la eleven". Así, de esta manera tan rotunda, expresaba Echegaray su lastimero sentimiento respecto a la pobreza científica –que asoló España durante más de dos siglos– en el discurso de ingreso de este insigne ingeniero, político y literato, en la Academia de las Ciencias el 11 de marzo de 1866. En Tal afirmación era formulada a despecho de las diatribas lamentables que reyes y gobernantes impresentables dieron en despreciar a aquellos españoles que, conscientes de la pobreza moral imperante en España, acudían a las fuentes de la Ilustración francesa en busca de conocimientos científicos y que por esta razón fueron acusados de afrancesados, y, lo que

es peor, hasta de traidores a la Patria. Los ingenieros de Caminos que tras diversos avatares surgen a principio del siglo XIX (entre otras razones como consecuencia de la tragedia del pantano de Puentes (Lorca, Murcia) y el posterior informe donde se explicaba y se proponían soluciones para el futuro de las obras civiles, redactado por Agustín de Betancourt, y requerido por el Rey) constituyen un colectivo librepensador, ilustrado y afrancesado. José Echegaray bien puede considerarse un elemento muy representativo de este grupo innovador que a la larga colocó a España, acaso como en una heroica cruzada cultural, en los niveles mínimos para progresar en el futuro.

La figura de Echegaray es realmente notable por cuanto su perfil humano nada tiene que ver con los efluvios románticos propios del XIX y sí con la pléyade de hombres universales habidos en el Renacimiento. Sus ideas políticas y económicas liberales le llevaron a participar en la Sociedad Libre de Economía Política en defensa de las ideas librecambistas. Tras la revolución democrática de 1868 (en la que no participó) contribuyó al afianzamiento del nuevo régimen ocupando diversos cargos políticos: fue diputado en las Cortes constituyentes, director general de Obras Públicas, ministro de Fomento y ministro de Hacienda, y participó activamente con Ruiz Zorrilla en la fundación del Partido Radical. En esto de la política, tuvo mucho que ver con su colega ingeniero de Caminos, Práxedes Mateo de Sagasta, presidente de aquellos pintorescos gobiernos



**José Echegaray,
por Marcelino
Santamaría**



que alternaban lo progresista y lo conservador de manera tan programada por riguroso orden de turnos, siempre contando con la estimable colaboración de Cánovas del Castillo. Es lo cierto que, siendo correligionarios, Echegaray resultó más radical que Sagasta pues de situarlo políticamente, Echegaray figuraría, entonces, en el ala izquierda del Partido Liberal dirigido por Sagasta. Esta circunstancia de protagonismo de los ingenieros de Caminos en la alta política, no llegó producirse de nuevo hasta finales del siglo XX con la presencia de Calvo Sotelo como presidente del gobierno y las vicepresidencias de Villar Mir y Álvarez Cascos en distintas etapas.

Echegaray, salvo excepciones que habrán de ser más adelante comentadas, fue considerado un hombre de extraordinario prestigio intelectual, científico, social y político. Presidió el Ateneo de Madrid, fue director de la Real Academia Española, senador vitalicio y presidente (por dos veces) de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. A principios del siglo XX obtuvo en compañía del francés Frederic Mistral el Premio Nobel de Literatura. Han sido cientos los artículos escritos acerca de las matemáticas y la física, cuya producción ha sido clave en el desarrollo de estas ciencias en España, su gran preocupación. «No hay historia de la ciencia en España, aquí no hubo más que látigo, hierro, sangre, rezos, braseros y humo», dijo. Asimismo, fue profesor en la Escuela de Caminos en varias y variadas disciplinas. Y de su pensamiento, del pensamiento de un Premio Nobel, no es posible dejar de citar una frase que nos desvela el alto grado de su categoría científica: «Amad

a la ciencia por la ciencia, a la verdad por la verdad, que el resto se os dará en añadidura».

Pero no, esa añadidura para algunos notables literatos no sería posible. Por circunstancias que a la postre resultaron favorables a Echegaray y a su extraordinario prestigio, lo que para el político no fue sino una afición y una manera de 'ganar dinero', según él mismo diría, resultó ser para la Academia de Estocolmo algo digno del premio de mayor relumbramiento en la Literatura: el Premio Nobel. No creo que sea temerario afirmar que la producción dramaturga de Echegaray es de valor inferior a la que el propio Echegaray desarrolló como divulgador de cuestiones científicas relacionadas con las Matemáticas. Al menos en cuanto a su valor 'moral'. En efecto, los dramas de Echegaray son auténticos dramones, de argumentos angustiosos, adulterios, pasiones, muertes, desgracias, rayos y truenos, de los cuales una versión sueca del dramón de don José, "O locura o santidad", fue estrenada en Estocolmo con gran éxito en 1985 y, según nos cuenta Alicia Delibes, con enorme éxito en el Teatro Real. Sin duda influyó el dato de que la comunidad científica europea, el único nombre español que alcanzaba a pronunciar con respeto era el suyo.

Los sesudos integrantes de la gloriosa Generación del 98 se pusieron de los nervios. Uno de ellos, Valle Inclán, bromeó con un amigo y llamó 'viejo idiota' a Echegaray. Por lo general, los del 98 no eran unos instruidos en ciencia ni mucho menos. Tómese nota de la anécdota que Ricardo Baroja (Gente de la generación del 98) refiere: "Noté en el



Imágenes de la exposición sobre Echeagaray que realizó el Colegio en Murcia en 2007

Café de Madrid que el tema favorito de las conversaciones era literario. Alguna vez se habló de pintura y de escultura, jamás de música ni de nada científico. Me extrañó que no todos, pero sí la mayoría de los principiantes literarios, fueran incapaces de multiplicar un número de dos cifras por otro de dos”. Al tiempo, Mariano de Cavia a la muerte de Echeagaray, escribió “Aquí yace el siglo XIX” como contrapunto necesario al odio y denuesto que los del 98 le hubieron aplicado sin consideración alguna.

Ni un reparo debería mostrarse para decir que, por lo general y dentro sus enormes talentos literarios, la mayoría de los escritores de la Generación del 98 eran unos auténticos ignorantes científicos, engreídos y fatuos, receptores de esa horrible herencia que, para España, fue el mal llamado (XVII) Siglo de Oro, que hizo de los españoles unos perfectos tuercebotas respecto a la Ciencia. El siglo XVIII que para los franceses y sus ilustrados fue el Siglo de las Luces, para España fue el de la siniestra incultura, tanto que el Padre Feijoo –que por algo no fue santo– clamó por ‘una cruzada moral contra la Ignorancia’. Solo los afrancesados y los ingenieros de Caminos fueron capaces de acotar el retraso científico de nuestra pobre España durante el siglo XIX. Que los del 98 se burlaran de Echeagaray, debería producirnos una gran desconsideración. Echeagaray, lejos de establecer juicios respecto a este desprecio ‘generacional’, hizo patente su lamento respecto a la ausencia de científicos habidos en España a lo largo de su historia, y en lo particular, respecto de los matemáticos, se quejaba de la no existencia de “nombre alguno que labios castellanos puedan pronunciar sin esfuerzo”.

Para dar noticia de lo que se encuentra tras la gloria de la generación del 98, el libro de José Esteban (Ed. Renacimiento) sobre las anécdotas de tan distinguido grupo, resulta de gran interés. Creo haber leído en él un episodio de mofa hacia Poincarè (quizá el último «universalista» capaz de entender y contribuir en todos los ámbitos de la disciplina matemática), tras el cual se esconde la acentuada frivolidad con la que los literatos se muestran hacia aquellos que ejercen facultades no precisamente literarias o artísticas. Es muy probable que a estos grandes hombres de las Letras (que lo fueron, sin duda alguna) resultara incómoda la presencia de alguien, ocupado en otras materias, que de la Literatura y el Drama hacía –según ellos– un ejercicio más propio de aficionado. Esto y la adjudicación del Premio Nobel hubo de resultar insoportable para ellos. En todo caso, y siendo que lo que aquí nos ocupa es el reconocimiento a la figura excepcional de Echeagaray en el Centenario de su muerte, no tiene ningún sentido despotricar contra el talento incuestionable de los escritores de la Generación del 98, pues de entre sus lectores y admiradores se nos puede encontrar a más de uno. No llegaré a la crítica feroz que de alguno de ellos, y de su culto excesivo al realismo, hizo el ingeniero Juan Benet. A tanto no habría de llegar. Lo que sí veo necesario es llegar a entender que desde el mundo más estricto de lo científico es posible alcanzar esas posiciones más etéreas, más de pensamiento abstracto, aquellas cuyo principio y fin no tiene otro objetivo que revelar lo lucido que hay a lo largo del propio trayecto que va desde el principio hasta el fin, sin más pretensiones, esto, es, lo artístico puro. Echeagaray es un ejemplo de esto que

expreso y por tanto su aportación a la Matemática como divulgador tiene mucho de poético, mucho de pensador y, acaso, la consideración de una vocación lírica indiscutible: exposición de la idea, planteamiento de la misma y hallazgo de una propuesta eficaz. Su admiración por los matemáticos coetáneos suyos, Legendre, Lagrange, Gauss, Abel etc. lo sume en la melancolía que produce la ausencia de otros de su nivel en la España que él bien conoce, pues participa de su gobernanza gracias a los diferentes cargos que hubo desempeñado a lo largo de su trayectoria política y cultural. Y de Monge y Navier, profesores de L'École de Ponts et Chaussées, muestra asimismo su admiración, como ingenieros y como científicos. De Echegaray, lo de menos, quizá sea su talento dramático, por mucho que este talento tuviera bastante que ver con los gustos de la época. Su grandeza más admirable la tiene como ingeniero de Caminos y como divulgador matemático, tanto que el único y excepcional matemático español Julio Rey Pastor llegó a sentenciar "la matemática española del siglo XIX comienza con Echegaray". Es cierto, la matemática española no existió a lo largo del siglo XIX más que en los ingenieros de Caminos. Creado el Cuerpo por Agustín de Betancourt, el modelo que se siguió para la formación de estos ingenieros fue el de la distinguida Ecole de Ponts et Chaussées de París. Este centro, aun de muy reconocido prestigio en la actualidad, se creó bajo los auspicios de la Ilustración francesa. A iniciativa del propio Betancourt, éste, López Aranda y otros intelectuales españoles fueron comisionados por la Casa Real Española a fin de obtener

información y datos de los avances franceses en materia científica.

Cuenta Santiago Delgado acerca de Echegaray que en su biografía figura una anécdota que confirma su brillantez como ingeniero de Caminos. Enviado por el Gobierno a 'espíar' la construcción del túnel primero de los Alpes y, sobre todo, a intentar rehacer la excavadora diseñada para ello, supo dibujar hasta la última pieza toda la ingente maquinaria del artilugio con tan solo verla una tarde. No le dejaban tomar del natural, pero esa misma noche pudo levantar los planos del ingenio. Ciertamente no era la primera vez que algún avezado español habría de recurrir al 'espionaje' más allá de los Pirineos para cubrir el vacío técnico que imperaba en la España de finales del XIX y a lo largo de XIX. En tal sentido, puede decirse que el primer 'espía' español fue Agustín de Betancourt, capaz de determinar el mecanismo de los artilugios que tuvo la oportunidad de visualizar durante su encomienda de misiones en Inglaterra y Francia, con solo examinar su aspecto exterior.

José Echegaray y Eizaguirre, el ingeniero de Caminos y Premio Nobel de Literatura que inició su carrera política a partir de la caída de Isabel II, murió en Madrid el 16 de setiembre de 1916, hace cien años, después de lamentarse (escribió más de sesenta obras dramáticas y cientos de libros sobre Matemáticas); "No puedo morirme, porque si he de escribir mi Enciclopedia elemental de Física matemática, necesito por lo menos 25 años". **ROP**

